

## RAPIDA

## RICARDO BLÁZQUEZ

Ese es; ahí teneis, todo entero, al hombre popular de nuestros críticos días de feria la actualidad palpita: *hecha carne* en un ser laborioso, á la ilustre representación del comercio murciano de objetos artísticos, que, lleva en sus ojos retozones y vivarachos la atractiva simpatía, en su hablar melifluido una sugestión encubierta y en sus modales delicados, cortes, finisimos, ese inefable golpecito de gracia con que Dios señala siempre á las criaturas buenas.

Ricardo Blázquez, es el temperamento culto de estilo modernista, de gusto depurado, de perspicacia admirable, de inteligencia adivinadora para comprender en una sola palabra hasta la recóndita intención del parroquiano y distinguir con visión maravillosa el fondo secreto de su tesoro adjunto; tiene el alma sencilla de los hombres honrados, la actividad incansable del comerciante trabajador, todas las puras noblezas de un carácter castellano, sin rancios eufemismos de frase, ni odiosas hipocresías de conducta; aquilatado y radiante su espíritu de oro.

Gusta de la música, que sin arañar los sentidos llega hasta el alma; ama la ciencia que cubre al planeta, casi materialmente, de inventos prodigiosos; entusiasmase con el arte que toma cada día formas nuevas y adquiere en cada pueblo matices más extraños; siente verdadera pasión hacia una buena escolástica que enseñe á argumentar incontrastablemente; adora á Murcia, la ciudad árabe, con su cielo azul, sus montañas altivas, sus vergeles perfumados, sus mujeres hermosas, y... tiene consagrado culto fervoroso al gran Goya y al inmortal Jovellanos y al divino Murillo, los dioses mayores de su Olimpo ideal, mandones eternos en este incomparable *Bazar Murciano*, cuñado de riquezas, lleno de figuritas, realmente inundado de asombrosas creaciones de un arte original y espléndido, mansión clásica donde sólo impera con su vieja poesía el *paganismo*.

Sin embargo, lectores, Ricardo Blázquez, como buen cristiano, alberga, también la dichosa virtud de la esperanza, grande, invariable, inmensa, una virtud que misticamente lo transporta á ensueños venturosos de suprema e inacabable felicidad. Que Dios misericordioso y Murcia pródiga colmen de lleno las santas aspiraciones de alma tan inocentona y candorosa, alma sin hiel...

LUIS DIEZ GURIAO DE REVENGA.

## Feria Permanente

Ya está en puerta la señora, ya está nuestra feria en puerta. Que sea muy bien venida, y que en hora buena venga. Pero ¿qué falta nos hace, sino es ya, porque con ella vienen también las hermosas blancas, rubias ó morenas, ¡Hijas de mi alma! impregnadas del puro ambiente y la fresca brisa del mar azulado, de Verdolay ó la Alberca; que es casi igual para el caso, de dar envidia á las piedras, supuesto que en todos estos lugares de paz amena hay cristalinos caudales, aguas claras, desenvueltas, que han tenido la fortuna, la dicha indecible, inmensa de empaparse en los misterios de virginales turgencias, de codiciados tesoros y de las formas más bellas? ¡Por vida del agua mansa y de la frescura ingénita, que no sólo lame playas! ¡Que no sólo lame arenas! ¡Qué falta, digo, nos hace, sino es por aquella vuelta de estos pedazos del alma al hogar que los espera? Ninguna absolutamente por lo que á otro punto reza, pues con el *Bazar Murciano* todo el año en Murcia es feria. Allí la loza, el vidriado, sus perfumes las esencias, la quincalla, la cerámica veneciana y japonesa y otras mil preciosidades, sin excluir de la cuenta el buen tono y la fiura con que se vende en la tienda; ni los miles de juguetes y monigotes que á llenas manos, hállanse allí siempre de precio y clases diversas, y lo mismo para chicos como para las *chicuelas*. ¡Dígalos el buen Don Ricardo! ¡Y díganlos también ellas!

José Pio Tejera.

## Rápida... rapidísima

Es una verdad, que existe Barcelona; no me dejaré mentir el mapa.

Y en Barcelona hay un bazar que se titula *El Siglo*.

Pues bien, del mismo modo que existe Barcelona, tenemos un Murcia (mapas cantan) y en Murcia otro bazar, el *Murciano*.

Mucho hay en *El Siglo*, pero también hay mucho en *El Bazar Murciano*.

Demostremos al canto.

Hace cuatro años tengo en mi poder una boquilla comprada en el bazar de Murcia; y aún vive bien á Dios gracias.

Hace ocho días compré otra en *El Siglo* y ya no la tengo.

Se me cayó desde un cuarto piso á la calle y pasaron por encima de ella las ruedas de un tranvía eléctrico.

Bien se vé que la pipa era poco consistente, porque se rompió.

Más todavía, la del *Siglo* me costó veinte pesetas, la del *Bazar Murciano*, me la regaló Ricardo Blázquez.

En consistencia y duratura, no puede competir un bazar con otro.

Otro ejemplo: Tengo un bastón del *Murciano*, que no hay Dios que lo rompa.

Días pasados compré uno cierto amigo en «*El Siglo*».

Y Vds. preguntarán. —¿Se le rompió?

No señores. Se lo rompieron en las castillas en el último *mitin* catalanista.

Queda pues demostrado que no hay establecimiento como el *Bazar Murciano*.

Joaquín Arques.

Barcelona.

## Cosas del Bazar

¡Cantad, poetas y literatos, las excelencias del BAZAR MURCIANO! Obra de justicia y no de lisonja es la que con ello realizais.

Y cómo no, si no hay necesidad que ese Bazar no satisfaga, ni hay capricho que no contente, ni hay aspiración que no realice.

En él encuentra la niña, con aspiraciones de mujer, preciosas muñecas para el aprendizaje de madre.

El niño con vocación para la carrera militar, ejércitos aguerridos de soldados de plomo y en su mando y organización adiestrarse.

El enamorado, ocasión para ver á la señora de sus pensamientos, con pretexto de contemplar las mil caprichosas y ricas bagatelas que allí continuamente se exhiben.

El curioso, pastillas de jabón para el lavado y el devoto devocionarios y pilas, el pendenciero revolvers, el *sportman* bicicletas... de juguete, el juguetón pelotas, el atildado cosméticos, el coquetón perfumes, el enemigo de las tinieblas magníficos aparatos de luz...

Enteróse Ricardo Blázquez de ciertos resquemores de nuestros vecinos los cartageneros, que nos envidiaban su Bazar, y se apresuró galantemente á establecer en Cartagena una sucursal, tan expiéndidamente surtida como el Bazar mismo.

Y presto, y porque nuestros barcos se hundieron en Cavite y Santiago, las gentes han dado en variar, con el admirable instinto del pueblo, la antigua copla que decía:

A Cartagena me voy  
á ver el mar y sus olas  
y á ver los brazos del rey  
con banderas españolas.

Ahora se le canta del siguiente modo:

A Cartagena me voy  
á ver el mar y sus olas  
y la sucursal de Blázquez  
con mil cosas caprichosas.

EL BAZAR MURCIANO (periódico) ha enriquecido en el presente año su extensa lista de autorizadas firmas literarias, con la de un poeta murciano ilustre: Ricardo Gil.

La colaboración de este, no puede ser más oportuna ni más valiosa: se trata de un tocayo de Blázquez, y además á un Bazar como el suyo, le faltaba para completar su rico y variado surtido, una tan preciosa «Caja de Música» como la de nuestro eximio paisano.

Hay quien encuentra un cierto parecido á Ricardo Blázquez con Olofrot y no falta quien le compare con D. Tancredo.

Se fundan los primeros en la especie de hipnotización que ejerce sobre sus parroquianos y que les obliga, con pérdida absoluta de la voluntad, á aceptar el artículo que les ofrece y por el precio que les designe; y los segundos en su impasibilidad estoica y en la sugestión de que hace objeto al público que le favorece.

D. Ricardo. D. Ricardo,  
perfumado como el nardo,  
D. Ricardo es un barbián...  
Hay que ver á D. Ricardo  
perorando en su Bazar.  
(Música de «El Juicio Oral.»)

Si al que todo lo sabe se le puede llamar sábio, D. Ricardo es un sábio en toda la extensión de la palabra.

Por no ignorar nada, sabe hasta del pié que cojea.

Y conste que esto no es llamarle cojo, pero aunque se lo llamáramos, nada tendría de particular, ni mucho menos de molesto.

Ha habido y hay cojos iustres, como nadie ignora: dígalos sinó un muy conocido y venerable.

El célebre *Cojo de Girauqui*; el heróico guerrillero de nuestra última guerra civil.

F. Bautista Monserrat.

## Suma... y sigue

Sin modestias ni arrogancias, sólo en un prudente medio, á mis queridos lectores nuevamente me presento.

No en prosa vil he de hablarles que no se merecen eso,

sino que pulsando el arpa mi lenguaje será en verso.

Así, á las letras de cambio que son prosa de estos tiempos, uniré las bellas letras que encierran mucho de bueno.

Principio manifestando que tengo el alma y el cuerpo consagrados vivamente el esplendor del comercio.

Y como el comercio es vida y la vida es el progreso, yo amante del adelanto,

el *plus ultra* en mi reflejo. Bjo este punto de vista no he de minar tierra y cielo,

buscando en las novedades bello, barato y excelso? París, Londres, Petersburgo,

Roma, Venecia y Palermo me ofrecen á cada paso sus almacenes inmensos.

De Berlín y de Marsella, de Barcelona y Burdeos saben mis corresponsales llenar todos mis deseos.

Y en fin, hasta en los rincones de las industrias penetro, y con un gusto exquisito escojo, transporto y vendo.

¿A qué nombrar los artículos que en mi gran *Bazar* poseo, si para formar la lista no bastara un año entero?

Una excepción, sin embargo, he de hacer en tres objetos, porque en cuanto el sol alumbra no les hay mejores que ellos.

Vedles, «Agua de Colonia» de aroma puro y selecto, con marca «Los corazones» que vale todo un imperio.

Es un «Elixir» el otro del grandioso «Gal» invento que envidian en todo el mundo los calmantes extranjeros.

De este mismo fabricante es su «Petróleo» el tercero, al que las hermosas llaman las delicias del cabello.

Estas joyas de la industria, portentoso y rico invento, tienen toda la excelencia que garantiza mi crédito.

Y por eso, cada día, por docenas y por cientos, de mi *Bazar* afamado salen cual nobles trofeos.

Yo os digo, caros lectores, que estoy de Murcia contento, porque á mis grandes afanes responde con sus afectos.

Para mi sus puras brisas, sus florestas y sus huertos, tienen todos los encantos que enardecen mi cerebro.

Y en sus mujeres preciosas ángeles divinos veo que han descendido á la tierra desde el alto firmamento.

Yo las saludo gozoso desde mi retiro y centro donde exhibo mis riquezas, donde su visita espero.

Y como sé que sus gustos han de quedar satisfechos, tengo un mundo en novedades que orgulloso les ofrezco.

Ricardo Blázquez.

## Soldaditos de plomo

## CUENTO

Por fin iban á verse logradas las aspiraciones y satisfechos los deseos de Luisito, niño de seis años de edad, que consistentemente pedía á su mamá le comprase una caja de soldados de plomo, que en

el escaparate del *Bazar Murciano* había visto siempre que transitaba por la calle de la Platería.

—Hoy me comprarás la caja de soldados, mamá, he sido bueno y tú correspondiendo á mi humildad debes cumplir lo que me ofreciste; además, el gorro de general y la escopeta que me compró la tía están ya rotos.

—Si hijo mío, no te impacientes; pero no quisiera yo que mostraras aficiones hacia los soldados. Tu santo padre fué á defender el honor de la bandera en extrañas tierras y encontró la tumba en el lugar que creyó hallar honor para su nombre y holocausto para su Patria.

—¡Mamá! no me recuerdes ciertos hechos que nublan mi inteligencia y llenan de lágrimas mis ojitos; cómprame los soldados que los quiero para distraerme, no para acomodar mis intenciones al afán de ser militar como mi padre; ¡si no seré militar!, repitió Luisito.

—Bueno, accederé; á la tarde iremos á casa de Ricardo, y la caja de soldados que tanto anhelas será tuya, agregó la madre.

—¡Qué feliz voy á ser, y cuántos planes de campaña que conciba mi pensamiento, van á desarrollar esos soldaditos, decía Luisito!

Ya estamos en el *Bazar Murciano*, es forzoso aguardar hasta que se vayan las muchas personas que están comprando; Luisito se impacienta; cree acaso que los soldaditos de plomo van á transformarse y la esperanza de su vida va á quedar reducida al recuerdo cariñoso de los soldaditos de plomo que acaricia su corazón.

¡Buenas tardes! Luisito, exclamó Ricardo con voz alegre y semblante simpático.

—Aquella caja de soldados, Ricardo— dice Luisito mientras con su manita señalaba al escaparate;—vengo á comprarla, me gusta mucho.

—Héla aquí: su general, sus jefes, sus capitanes, sus músicos, sus soldados, todo un regimiento, replica Ricardo, mientras va colocando los soldados sobre el mostrador, entre las expansiones de júbilo de Luisito y la tristeza que su madre denotaba al considerar que siguiendo de esta manera, su hijo concluiría siendo militar, cosa que la entristecía grandemente.

—Muy bien— sigue diciendo Luisito— así los pondré yo, y estos soldaditos serán mis amigos de la infancia; nada mas que de la infancia ¿verdad mamá? agregó Luisito al considerar que su madre se oponía á que sintiese amor hacia la vida militar.

Contento Luisito con el logro de sus deseos, volvió á su casa; comenzó á jugar con los soldados, los arregló, simuló, combinó varias batallas, formó un escuadrón con algunos, preparó un encuentro entre su ejército, y al observar que el general que mandaba el cuadro de los soldaditos de plomo se caía á los comienzos de la supuesta lucha, rompió en llanto, retiróse con terror de la mesa que sostenía su «ejército», se tapó con las manecitas sus azules ojos, y como si adivinase lo que había de ocurrirle en el curso de su vida, exclamó: ¡quién sabe si moriré yo como ese general!

El pensamiento que Luisito formara en triste momento, al ver caer el general de sus soldaditos, con el tiempo se convirtió en realidad pura y completa. Militar, por fin, siguiendo los impulsos de su voluntad, halló su muerte en el campo de batalla, muriendo como un héroe en holocausto de su Patria.

¿Por qué Luisito lloró cuando siendo niño vio caer al general que mandaba sus soldaditos de plomo? ¿Adivinó quizá su muerte? ¿Vislumbró su cuerpo destrozado por el enemigo?

Soldaditos de plomo: ¡qué amargura tan intensa representais para algunas personas, y que cielo tan cubierto de ilusiones y esperanzas sois para seres inocentes y criaturas alegres y hermosas como Luisito!

Cipriano Martínez Parra.

Á D. Adolfo Balboa

DIRECTOR DE LA CASA DE MISERICORDIA.

Aceptada la letra que nos gira en su artículo «Limosna», inserto en este mismo periódico. Se pagará á su vencimiento con los juguetes que quiera para los niños de la casa que con tanto celo dirige.

Y agradeceré la ocasión que nos proporciona de realizar una obra buena, satisfaciendo su deseo, nos repetimos de V. afectísimos ss. ss. q. b. s. m.,

RICARDO BLÁZQUEZ Y C.<sup>a</sup>

IMP. DE «EL DIARIO DE MURCIA».